



AFILIACIONES

ANTONIO
VÉLEZ
MONTÓYA

Es sorprendente que los humanos, casi sin excepción, seamos capaces de afiliarnos ciegamente a causas o a ideas muchas veces absurdas o impropias. Este es uno de los universales humanos más sorprendentes, dado que el *Homo sapiens* se caracteriza precisamente por poseer razón y por conocer lo que significa el pensamiento riguroso. Es como si nos comportáramos como seres racionales pero a la vez conserváramos una cuota importante de irracionalidad que nuestra razón es incapaz de detectar y, si excepcionalmente lo hace, no puede dirigirla ni ponerle freno.

La mayoría de los humanos hemos llegado a nuestras creencias por una variedad de razones que poco tienen que ver con evidencias empíricas y razonamientos lógicos. Más bien, algunas variables, como la predisposición genética (o el aprendizaje propiciado, como se le denomina), la influencia familiar, el contagio del medio, las experiencias educativas y las impresiones vividas, moldean las creencias personales. Además, el aprendizaje se logra muy temprano en la vida, gracias a la especial plasticidad y permeabilidad del cerebro inmaduro, y a la gran confianza y credulidad que los niños depositan en sus mayores, en aquellos individuos que para ellos representan la autoridad suprema, infalible.

Por eso “lo que se aprende sobre las rodillas de la madre no se puede olvidar jamás”, como señalaba el ensayista Robert Park. Además, en la infancia no poseemos defensas intelectuales, pues es poco lo que sabemos del mundo, y la capacidad de análisis y crítica es nula. Y tiene que ser así, pues el cerebro está apenas en formación. Para cuestionar se necesita cierto nivel de conocimientos y una gran independencia intelectual, condiciones asociadas indefectiblemente con la madurez.

Pero allí justamente, en la madurez, es cuando la disonancia cognitiva, esto es, la capacidad de la mente de justificar lo no justificable, anula las incongruencias. Y el maniqueísmo gobierna nuestras creencias: las *verdades* están contenidas en todas las proposiciones del conjunto de creencias aceptado; las *falsedades*, en las ideas que les compiten. El paquete de creencias aceptado es inmune a todo raciocinio, y debe serlo así, de lo contrario no permanecería, pues la consistencia lógica es por lo regular endeble.

Rara vez un adulto renuncia a sus creencias, ideales y demás filiaciones, o los cambia por otros. Y al envejecer, al llegar a la edad de piedra, la de obsolescencia mental, nuestras creencias quedan convertidas en verdades eternas, pues nadie tendrá ya valor ni motivo para cambiarlas: no desaparecen por convicción sino por defunción, dicen. La religión es el mejor ejemplo: se adquiere en la cuna y la arrastramos hasta la tumba; es vitalicia, quiere decir, muere pero con nosotros.

El “paquete” de creencias es sólido, no se arruga ni encoge; es indeleble, esto es, no se borra con el paso del tiempo, y está presente en todos los instantes de nuestras vidas. En épocas primitivas, ese paquete de certezas era simple y cumplía un importante papel de supervivencia, por lo que era estable a pesar de alguna información ocasional que contradijera parte de su contenido. Con el avance cultural se ha ido ampliando, incluyendo en él las ideologías y enseñanzas religiosas y políticas. El hecho de haber sido fundamental para la supervivencia hacía que no pasara por el filtro de la razón, y que fuera insensible a cualquier contradicción que eventualmente se descubriera en alguna de sus piezas. Todavía conserva esas características.

La facilidad de adoctrinación es una propiedad de la mente humana, indudablemente adaptativa. Y es que estamos programados fundamentalmente para creer, aun si somos incapaces de entender lo que creemos. Los mecanismos cognitivos que manejan las creencias están diseñados evolutivamente para aumentar nuestra adaptación al nicho ocupado, por eso son resistentes a la razón. Además, son anteriores a ella. Fueron auxiliares que en el pasado nos prevenían contra los peligros. Para un cavernícola era mejor confiar en sus creencias sobre el peligro que seguir los dictados inmediatos de su razón. Hoy, por ejemplo, sobreviven en mayor número los que tienen miedo irracional a la altura que aquellos que no lo tienen.

En lo que respecta a nuestros cerebros, no hay problema alguno en que las creencias y la razón entren en conflicto. Están diseñados para conciliar hasta lo inconciliable, para manejar los desacuerdos. Con las ideologías, poco les preocupa a nuestras neuronas que haya discordancia. Durante el periodo de aprendizaje solo importa que la creencia esté bien apadrinada, o que sea útil para la seguridad del individuo. Luego, al pasar el tiempo, en el cerebro va quedando una impronta o troquelado, una memoria a prueba de erosión. Por eso, aunque reconozcamos contradicciones e inconsistencias severas en esas adquisiciones juveniles, resisten sin desmayo a todo esfuerzo voluntario y honesto que se haga para modificarlas, tal como si los mecanismos de fijación temprana correspondiesen a estructuras biológicas diseñadas de forma expresa para durar y perdurar. Fortalezas inexpugnables. Ni la ciencia, lo más racional de nuestra vida intelectual, ha podido escapar a las trampas de la afiliación a toda prueba. Creo que fue Karl Popper quien dijo alguna vez que para que un nuevo paradigma en física fuese aceptado por la comunidad de especialistas no bastaba demostrar sus virtudes: había que esperar a que murieran los viejos defensores de la teoría superada.

La historia certifica que contra los cerrojos de la fe se han estrellado hasta las mentes más lúcidas. Y para hacer estas fortalezas aún más resistentes, poseemos un sesgo que algunos han

Pueden compararse las creencias con el sistema inmunológico: cada vez que llega una información nueva que las afecte, entran de inmediato en acción los mecanismos de protección, especies de anticuerpos epistemológicos que tratan de rechazar al invasor.

dado en llamar de *exposición selectiva*: buscamos con afán aquella información que nos complace y confirma nuestras creencias, mientras que tendemos a ignorar, o aun a rechazar, todo lo que las desaprueba. Nos interesamos solo por aquella información que nos dé seguridad y nos reconforte. Quizá por eso decimos de los demás, y no es exageración, que *no oyen sino lo que les interesa*.

Pueden compararse las creencias con el sistema inmunológico: cada vez que llega una información nueva que las afecte, entran de inmediato en acción los mecanismos de protección, especies de anticuerpos epistemológicos que tratan de rechazar al invasor. Por este motivo cerramos los ojos cuando nos presentan evidencias en contra de lo que creemos, para que no vayan a contaminar nuestras verdades. Los cardenales que atacaban a Galileo se negaron a mirar las evidencias a través del telescopio. Quizás el demonio podría montarles una celada astronómica para hacerles ver lo que no existía.

Con frecuencia, el creyente o fiel se convierte en propagador de la idea, en su apóstol. Quizá se busca incrementar el poder del grupo formado por aquellos que piensan parecido, o tal vez el poder que da el número nos dé confianza cuando la creencia tambalea. Las debilidades teóricas parecen desaparecer cuando son muchos los seguidores; el número refuerza la sensación de estar en lo cierto, y con más razón si entre los creyentes hay “autoridades respetables”. Y en ninguna ideología faltan. El hecho comprobado es que la persona se ve impulsada a propagar sus creencias; siente una imperiosa necesidad de transmitir las a otros. Se trata de una conocida estrategia darwiniana a fin de aumentar su eficacia reproductiva. Una vez instalado algo en el cerebro de alguien, se busca con afán que otros se conviertan a él, lo que a su vez aumenta el número de transmisores, esto es, mayor número de fieles para predicar la

existencia y las virtudes de la idea defendida. El grupo se ramifica y amplía.

Los creyentes fieles son obsesos, leyendo siempre los mismos libros, predicando siempre lo mismo, sin fatiga, sin saturación, sin aburrimiento. Sus jefes espirituales son fanáticos dedicados de tiempo completo y de por vida a propagar la creencia: imanes, papas, popes, ayatolás, pastores, predicadores, profetas, rabinos... Y cuando han tenido poder militar no han dudado en emprender conquistas con el fin de adoctrinar a pueblos enteros, sin permitirles ninguna discusión ni duda, bajo pena de muerte y sin ningún respeto por sus culturas, a las que arrasan y llaman bárbaras, atrasadas, impías, inferiores.

Tratar de oponerse a las creencias despierta en los creyentes defensores una agresividad que no se compadece con el motivo. De allí que los debates entre ideologías competidoras, más que resolver las hostilidades, conducen a una escalada, pues cuando un individuo defensor de ideas opuestas se resiste a cambiar, y eso es lo más común, lo tildan de irracional o de imbécil. En ocasiones terminan odiándolo. Más de una vez lo eliminan. Mucha parte de las guerras y la violencia en este mundo se ha debido a diferencias ideológicas. Las guerras santas lo atestiguan, y también la quema de herejes, pues estos no han ido a la par con las ideas de los agresores. Las torturas más ignominiosas se las debemos al enfrentamiento de ideas. Y se hacen en nombre de la razón o, peor, en nombre de la bondad y de la ética. Una gran ironía.

Para saber hasta dónde puede llegar el fenómeno de la filiación incondicional, analicemos los promocionados clásicos futbolísticos. Estos encuentros deportivos se han convertido en campos de batalla entre los llamados hinchas. ¿Se habrá visto algo más irracional que sacar armas en una disputa por un equipo de fútbol? Y precisamente

esta capacidad de adorar irracionalmente a un equipo es lo que ha permitido que hoy los salarios de muchos jugadores superen todo lo racional, que se paguen millones de dólares por el traspaso de una “estrella” del balompié, o de un basquetbolista destacado, o de un beisbolista de las grandes ligas. Son millones de aficionados que pagan las boletas o pasan la tarde frente al televisor “haciendo fuerza” por su equipo. Sin el fanatismo que despierta la afiliación sentimental al equipo de las preferencias, las taquillas no llegarían al valor que ahora tienen, ni se pagarían los altísimos derechos por pasar los eventos por la televisión. Digamos que las sumas absurdas que se le pagan a un deportista son prueba contante y sonante de la pasión ciega que sus actuaciones arrastran.

La filiación modifica el córtex prefrontal y tiende a borrar todo sentimiento de compasión, para así producir criminales peligrosísimos, pues están convencidos de que sus acciones son santas. Criminales en serie y en paralelo, refinados. Los sujetos apasionados se matan por razones nimias. Consideran enemigos mortales a todos los defensores de cualquier variedad distinta de la suya, y no sienten ninguna compasión por ellos. En nombre de su creencia o afecto, odian y matan a los opositores. Para “convencer” a los herejes, esto es, a los que heredaron otra forma de pensar, se han inventado máquinas de tortura que hacen poner los pelos de punta al más valiente de los humanos. Un creyente puede enloquecer transitoriamente hasta el punto de esconder una bomba entre su ropa y luego detonarla en un vehículo lleno de niños, todo en nombre de sus creencias y por odio a las que difieren de ellas, o se es capaz de preparar un grupo de alienados para que estrellen una avión contra un edificio repleto de otros humanos inocentes, en nombre del bien y para ganarse el Paraíso, ese lugar imposible, irreal, privilegiado, en donde se premian con placeres indescriptibles las acciones criminales de los poseídos por la creencia.

La política es otro campo donde impera la irracionalidad, y en donde se dan todas las características de la afiliación ciega. Y es tan grande el número de adoradores, que basta tomar en las manos una revista o un periódico, o encender el televisor, para encontrar que el mayor porcentaje de la atención y del tiempo se refiere a ese tema;

el resto se lo llevan la farándula y los deportes. Los otros temas, los verdaderamente culturales, parecen no existir.

Cuando se discute con un creyente, lo primero que se observa es la falta de objetividad, la falta de rigor para explicar los defectos del ente querido, la multitud de sesgos con los que se apoyan y defienden los argumentos a favor de la causa. El filósofo español Fernando Savater, un profesional de la razón por su misma formación, no duda en sacar argumentos falaces cuando trata de defender la tauromaquia, afición que debe haber aprendido a gustar desde su niñez. Escribe así en su último libro, *Tauroética*: “Porque la barbarie no consiste en tratar con inhumanidad a los animales, sino en no distinguir el trato que se debe a los humanos y el que puede darse a los animales”. En otros términos, la tortura a un toro no pertenece a la ética, que solo es asunto que concierne a los humanos. Y más falaz se muestra, y además pueril, cuando alega: “Está claro: sin hipódromos de competición dejará de haber caballos de carreras y sin corridas desaparecerán los toros de lidia y las dehesas”. Propone una inmoralidad para defender el santo equilibrio ecológico.

Personas de gran inteligencia, cuando deben razonar sobre aquellos temas como la religión o la política, muestran de inmediato sus debilidades, debilidades que conocen muy bien y que, sin embargo, cuando defienden sus creencias, endurecidas por el tiempo, argumentan como muchachos de escuela. Les dicen adiós a esos argumentos sólidos que usan en su campo profesional. No hay duda, a sus portadores los hace irracionales e ingenuos. Y no importa si se trata de personas de inteligencia superior. Las fallas en el pensamiento se manifiestan cuando se toca el tema caliente, aunque puede no afectar el razonamiento general; es decir, parece bloquear ciertas partes de la inteligencia. La ideología destruye todo espíritu crítico y distorsiona la realidad. Entonces aparece la fe ciega, y se renuncia al uso de la inteligencia. ■

Antonio Vélez Montoya (Colombia)

Ingeniero electricista de la Universidad Pontificia Bolivariana y Máster en Matemáticas de la Universidad de Illinois. Entre sus publicaciones se encuentran *El hombre, herencia y conducta*, *Del big bang al Homo sapiens*, *Parasicología: ¿realidad, ficción o fraude?*, *Principio y fin y otros ensayos* y *De Pi a pa: ensayos a contracorriente*.